

Los tamarindos

POR EVELIA HO DE GARCÍA

El pueblo está de fiesta. Celebra las festividades de Santa Eduviges, su patrona. Pronto comenzará la procesión y sonarán los primeros fuegos artificiales.

Raúl acaba de llegar a Los Tamarindos por primera vez. Después de hospedarse en una pequeña pensión, decide caminar hasta el centro del pueblo. Son las cuatro de la tarde y una suave brisa refresca el ambiente, como preámbulo a una noche fabulosa. Mientras camina, mira detenidamente a su alrededor. Es un pueblo muy pintoresco, con casas grandes pero humildes, en medio de inmensos patios donde rosas, veraneras, girasoles, claveles y otras flores de vistosos colores se mezclan con diversos árboles frutales, destacándose los altos tamarindos, cargados de fruta en esta época del año. En todas partes las gallinas, gansos o patos picotean la tierra buscando lombrices. En los portales, hermosas guirnaldas, coloridos arreglos de flores naturales y velas blancas o rojas adornan la imagen de Santa Eduviges. Hasta los postes de luz están adornados. Los niños corretean de un lado a otro, acompañando a hombres y mujeres que con velas metidas en vasos plásticos se dirigen presurosos al centro del pueblo donde va a comenzar la procesión. Uno que otro perro ladra en la distancia. Se siente la alegría y el fervor católico.

Raúl no es muy católico pero esta vez, siguiendo un gran impulso, decide participar en

la procesión. Mientras camina oyendo los rezos y cantos religiosos, hace un recuento de su vida. Tuvo una niñez llena de necesidades. Su madre, Eneida Campos, trabajó muy duramente para criarlo y educarlo. Él fue un excelente alumno, se ganó una beca para estudiar ingeniería en una universidad privada y tuvo un magnífico empleo. Su madre era muy afable y cariñosa; sin embargo, nunca le conoció un familiar, ni siquiera otro marido. Sabía que ella era del interior pero hasta su muerte, que había ocurrido hacía un par de años, se negó rotundamente a decirle sus orígenes, mucho menos el nombre de su padre. Solamente le contó que era hija única, que tuvo algunos problemas allá y que por eso se había ido a la capital al nacer él.

Entonces Raúl enferma gravemente y el médico le recomienda un año de reposo absoluto. Todavía soltero, con algunos recursos económicos y un futuro prometedor, deja el empleo y decide visitar cada rincón del país, y quién sabe, tal vez alguien le de razón de su madre. No lleva rumbo fijo. Si le gusta un pueblo, se queda un tiempo y luego sigue. Por un periódico supo que Los Tamarindos celebraba sus patronales. No está muy lejos de la capital de la provincia y el transporte es cómodo y regular. Y ahí está ahora, caminando la procesión...

—¡Virgencita! Estoy enfermo, solo en el mundo, desorientado, cansado. Dame una razón